

Domingo 5º. Tiempo Ordinario Año C

Lectio divina sobre Lc 5,1-11

Lucas coloca la vocación de los primeros discípulos bastante más tarde de lo que hizo Marcos. Para él ya no es lo primero que realizó Jesús. El discipulado surge en el marco de la evangelización del pueblo: Jesús estaba predicando y necesitó de una barca como cátedra. A Lucas le guía una cierta comprensión del discípulo de Jesús: antes de ser llamado a una nueva misión, debe ver cómo Jesús predica a la multitud y experimentar cuán grande ha sido su poder de convocatoria. Y diseña un proceso: el discípulo, antes que ser llamado, ha sido oyente junto al pueblo. Antes de poner su vida al servicio de Jesús, ha puesto su instrumento de trabajo, la barca, a su disposición. Antes de pescar hombres, ha probado lo inútil que es pescar peces..

El texto nos recuerda el primer encuentro de Jesús con Simón Pedro, el discípulo que sería más tarde la primera 'piedra' de la comunidad cristiana. Aquel día la vida de Pedro sufrió un cambio radical, al encomendarle Jesús una tarea nueva: en adelante no se ocuparía más de coger peces, sino de captar hombres para Dios. Promover el reino entre los hombres fue la nueva ocupación que recibió un pescador que tuvo la suerte de toparse con Jesús, un desconocido hasta ese mismo día que; rogándole que le alejara un tanto de la orilla, para predicar mejor a la muchedumbre agolpada junto al lago, se le había acercado. Ya no volvería a liberarse de él.

En aquel tiempo, ¹la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la Palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret; ²y vio dos barcas que estaban junto a la orilla: los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes.

³Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente.

⁴Cuando acabó de hablar, dijo a Simón:

“Rema mar adentro y echad las redes para pescar”

⁵Simón contestó:

“Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes”

⁶Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande, que reventaba la red. ⁷Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían. ⁸Al ver esto Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús, diciendo:

“Apártate de mí, Señor, que soy un pecador”.

⁹Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; ¹⁰y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.

Jesús dijo a Simón:

“No temas: desde ahora, serás pescador de hombres.

¹¹Y después de llevar las barcas a tierra, dejaron todo y lo siguieron.

I. Lectura: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice.

Lucas hace una crónica de las primeras vocaciones que se diferencia notablemente de la que ofrece su fuente (Mc 1,16-20): Jesús está en plena evangelización. El tercer evangelista cuenta con un buen motivo para no seguir aquí a su fuente: tiene una peculiar *comprensión del discípulo* de Jesús, que le es propia. Mientras que, en Marcos, el Jesús que llama al seguimiento no se ha dado aún a conocer, en Lucas el pueblo conoce ya sus pretensiones (Lc 4,16-30) y su fama como taumaturgo es de sobra reconocida (Lc 4,38-42); más aún, en Marcos las personas llamadas – dos parejas de hermanos – nada han tenido que ver con Jesús; según Lucas, en cambio, antes de llamar a Simón, Jesús se ha hospedado en su casa y ha sanado a la suegra (Lc 4,38-39).

Lucas no entiende, pues, la vocación como el inicio de una relación que ha de irse profundizando con la vida y la misión compartidas (Mc 3,13-19). Más bien, la llamada presupone cierto conocimiento previo, una experiencia personal ya iniciada. En efecto,

- *antes de ser llamado* por Jesús, el discípulo debe haber sido *útil colaborador* en la evangelización (Lc 5,3): desde su propia barca, ha visto cómo Jesús predicaba a la multitud y ha experimentado cuán grande ha sido su poder en los demás;
- *antes de ser llamado*, el discípulo debe ir donde le mande el Maestro, aunque sea a esa mar, de la que acaba de regresar con las manos vacías (Lc 5,5). La *obediencia inútil* en apariencia le prepara para el seguimiento, pues le hará presenciar portentos.

- Y cuando la abundancia del don ponga en peligro su vida, sabrá Quién tiene delante y se sabrá indigno de estar en su presencia (Lc 5,8). Es entonces cuando resulta llamado; antes de seguir a Jesús, Simón ha debido *tener una fuerte experiencia* a su lado.

La convivencia prepara al seguimiento: quien no ha servido a Jesús, aunque sea un poco por poco tiempo, no le temerá; quien no le ha tenido miedo nunca, nunca le ha estado cercano; quien no le ha estado cerca, no será llamado a su seguimiento; quien no le sigue sólo a él, no puede abandonar nada. No falta *pedagogía* en este itinerario vocacional, pero ciertamente responde a otro tipo de vocación. Es fácil captar el proceso: una orden que contradice la propia experiencia, obedecida, da paso a una pesca milagrosa, tanto que pone en peligro la vida y la seguridad. El portento lleva a Simón a reconocer a Jesús como Señor y a reconocerse indigno de estar con él. La confesión del propio pecado abre a la misión nueva.

II. Meditación: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Lucas coloca la vocación de los primeros discípulos bastante más tarde de lo que hizo Marcos, iniciada ya, y con éxito, su ministerio público. El discípulo debe ir adonde le mande el Maestro, aunque sea a esa mar, de la que regresa con las manos vacías. La obediencia inútil en apariencia le prepara para el seguimiento, pues le hará presenciar milagros. Y cuando la abundancia del don haga peligrar su vida, sabrá Quién tiene delante y se sabrá indigno de estar en su presencia. Es entonces cuando será llamado; antes de seguir a Jesús, ha tenido que tener una fuerte experiencia a su lado. La convivencia prepara al seguimiento: quien no ha temido nunca a Jesús, nunca le ha estado cercano; quien no le ha estado cerca, no será llamado a su seguimiento.

Personalmente, el discípulo debe ir adonde le mande el Maestro, aunque sea a esa mar, de la que regresa con las manos vacías; la obediencia 'inútil' en apariencia le prepara para el seguimiento, pues le hará presenciar milagros. Y cuando la abundancia del don haga peligrar su vida, sabrá Quién tiene delante y se sabrá indigno de estar en su presencia. Es entonces cuando será llamado; antes de seguir a Jesús, ha tenido que tener una fuerte experiencia a su lado. La convivencia prepara al seguimiento: quien no ha temido nunca a Jesús, nunca le ha estado cercano; quien no le ha estado cerca, no será llamado a su seguimiento.

Todo empezó, pues, por un pequeño servicio, por un favor que Pedro hizo a Jesús. Entre todos los demás pescadores que estaban lavando sus redes, fue Pedro quien ayudó a que la Palabra de Dios fuera predicada. Jesús quiso, terminado su discurso, premiarle el gesto y el tiempo empleado, y le mandó remar mar adentro y ponerse a pescar. La orden de Jesús tuvo que resultar extraña: como pescador avezado, sabía Pedro que lo normal era pescar sólo de noche; y bien sabía, además, que él lo acababa de intentar inútilmente. En contra de su experiencia de pescador y contra la evidencia de su reciente fracaso, consiente y se embarca mar adentro en medio de la noche.

La magnitud de la pesca es tal que amenaza la estabilidad de su barca; por la abundancia está a punto de naufragar en el mar que nada le había dado antes: un portento así le hace descubrir en Jesús algo más que un simple predicador. Se asombra y teme por su vida: el milagro se ha hecho posible, superando todo pronóstico, toda expectativa, porque ha seguido una orden extraña, en la que no había creído, de la que había desconfiado. Y cuando acepta que es indigno de estar cerca de Jesús, en su compañía, en la misma barca, es cuando el Señor le llama a su servicio, le cambia de profesión y le obliga a dejar la barca.

Este relato nos desvela el comportamiento de Jesús, cuando se acerca a un hombre y piensa hacerlo su discípulo. Repasarlo juntos nos ayudaría a imaginar bajo qué condiciones Jesús estaría dispuesto hoy a contar con nosotros en la predicación de su Reino; aceptarlas, si las descubrimos, nos facilitaría el poder contarnos hoy como sus discípulos. Subrayaría tres momentos:

Mientras Jesús predica, necesita de hombres que le hagan un pequeño servicio; y los elige, cuando les pide el favor. Es una manera suave, casi imperceptible, de entrar en comunicación con nosotros, haciéndonos ver la necesidad que tiene de nosotros, pidiéndonos algo que no nos cueste demasiado: Jesús entra en contacto con quien elige pidiendo que se le conceda un poco de tiempo, que se ponga a su disposición nuestro buen hacer y las cosas que tenemos. Sólo si se lo damos, sin mayor resistencias, dedicará su tiempo y su poder para conseguirnos cuanto nosotros no alcanzamos solos. Si le dedicáramos algo más de atención, cuando nos la ruegue, cuando la precise, se dedicará a atendernos, salvándonos de nuestra impotencia. Como a Pedro, con frecuencia no nos bastan nuestros saberes, por oficio que tengamos, para conseguir aquello por lo que nos afanamos. Lo que no conseguimos solos en un noche de trabajo, se nos dará en un momento que pasemos en su compañía, haciéndole el favor que nos haya pedido.. Si nos atrevemos a fiarnos de él, aceptando su palabra, conseguiremos cuanto no logramos con todo nuestro saber y con sólo nuestro poder.

La invitación '*rema mar adentro*' de Jesús era de lo más inoportuno que Pedro podía haber oído en aquella situación: tras una fatigosa noche, tras el cansancio y la desilusión de no haber cogido nada, en contra de su experiencia, y cuando ya sus compañeros se disponían a descansar, él tenía que fiarse de un desconocido y volver a su quehacer, retornando a un mar del que había regresado con la barca vacía. Jesús siempre se presenta,

presentando a los hombres que quiere extrañas exigencias, peticiones incoherentes. Pero sólo superando el escándalo de una orden sin sentido, de mandatos ajenos a la realidad, contrarios al propio saber y a la experiencia diaria, se presencia el milagro: sin mayor fatiga que la que da el superar la propia incredulidad, con el mero fiarse en Jesús, vendrá el éxito por el que tanto hemos fatigado, obtendremos más de lo que hubiéramos imaginado.

El '*rema mar adentro*' de Jesús a Pedro nos ha de convencer que, si deseamos ver milagros hoy, deberíamos obedecer como Pedro, tener su misma confianza: quien vive y actúa por la palabra de Jesús, con independencia de lo que ella proponga, podrá presenciar milagros sin tener que dejar de hacer lo que hace siempre, sin abandonar la propia profesión, en la barca propia, como Pedro un día. El '*rema mar adentro*' es una invitación constante a atreverse a superarse, a superar la experiencia diaria, lo ya conocido, lo siempre repetido, lo que hacemos por oficio y para nuestro beneficio, fiados sólo en la palabra de Jesús. Y habrá que agradecer que Jesús no exija que hagamos más de lo que sabemos y como lo sabemos hacer; tan sólo que lo hagamos porque él nos lo dice y aunque contradiga su invitación nuestra experiencia y las ganas de hacerlo.

Quien presencia algo maravilloso, como Pedro, queda impresionado y advertirá la distancia que le separa, que le debe separar, de Jesús. Y cuando advierta su pecado, porque ha visto la bondad que Jesús le ha mostrado, oirá de él la invitación a compartir su tarea; Jesús considera compañero de misión a quien se sienta indigno de estarle cerca. Es curioso, pero así es. Llamó a Pedro, sólo después de que éste se sintiera incómodo en su compañía. Y para saberse que no se está a su altura, no hace falta ser malo; bastará con tenerle cerca, para no saberse lo bastante bueno.

Desgraciadamente, no sólo no vemos milagros, por desconfiar en Jesús. Es que, además, nos sentimos buenos, porque no le damos confianza total. Quien se acerca a Jesús y no se considera indigno de él, no será invitado a permanecer con él; no es digno de seguirle, de continuar su tarea, de representarle entre los hombres, quien no se ha reconocido indigno de estar en su presencia. Por extraño que parezca, no nos hacemos dignos de la invitación de Jesús, porque nos creemos dignos de él; nos perdemos lo mejor, por creernos mejores. Y así nos va: ni, solos, conseguimos lo que queremos ni conseguimos que Cristo nos quiera junto a Él.